



ABORDAJE DE LA BELLEZA FILOSÓFICA EN RELACIÓN CON LA ADOLESCENCIA

Jesús Goenaga Peña

Psicólogo de la Funlam
Candidato a Magister en Psicología, U. de A.

“El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser — pura sensación en el niño— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante.” (Paz, 1950).

El presente escrito expone un marco referencial que integra el discurso filosófico y el psicológico desde el cual surge un interés frente al abordaje de la representación de la belleza, particularmente en la etapa de la adolescencia, la cual, como se expondrá, puede considerarse una fase evolutiva de construcción, intriga y confusión en que se propende a un reconocimiento de la propia existencia y constituye un momento revelador, debido a que anuncia dramáticamente el carácter singular de la existencia en medio de la vacilación del tránsito.

La adolescencia refiere a una condición particularmente compleja porque “durante esta fase, el adolescente está dedicado a la tarea de afrontar sus cambios personales inherentes a la pubertad” (Winnicott, 1960). En este contexto se encuentra con la consideración de lo bello, estableciéndolo como un resultante de su historia. Winnicott expone la tendencia antisocial del adolescente como una búsqueda del sujeto frente al cómo ser adolescente en la adolescencia, implicando esto una rebelión debido a la interrupción de un estado

gozoso que era experimentado. Siguiendo esta idea, la rebelión adolescente surge como represalia por el arrebató de un estado gozoso. El análisis del discurso del adolescente permite considerar esta búsqueda por un retorno al estado gozoso, la cual parece nombrarse desde la tendencia a la contemplación de lo bello y a la posesión de la belleza.

Siguiendo la afirmación de Winnicott, la adolescencia le posibilita a todo aquel que la recorre una alternativa creadora, una vía de cuestionamiento del "cómo ser adolescente". Así se constituye la adolescencia en un periodo de invenciones, deconstrucciones, reformulaciones y rediseños, resultando en un momento creador. Dicho más ampliamente: el sujeto se recrea temporalmente a sí mismo y a su comportamiento, en medio del conflicto propio de su existencia, sin embargo estas creaciones adolescentes están destinadas a transformarse nuevamente en su paso a la adultez, pues el joven no volverá a ser el que era como niño, ni podrá en la mayoría de los casos, eternizar su creación adolescente sobre sí mismo. Esta transformación hacia la etapa adulta implica un deterioro de la experiencia propia de la adolescencia.

Este aspecto es fundamental para la comprensión de la singularidad del adolescente. Pocas son las creaciones adolescentes que sin deformarse se mantienen y perduran en los adultos, dado que la adolescencia, como se ha señalado, representa una etapa de tránsito. A nivel de la especie, la carga genotípica y fenotípica dispuesta para la supervivencia se desarrolla durante esta etapa logrando posicionar un adulto mínimamente ataviado para la existencia. Las neurociencias han demostrado que durante la adolescencia se estructuran cambios que afectan la corteza prefrontal y se desarrollan hasta la adultez temprana, otros cambios afectan al circuito mesolímbico, relacionado con la motivación y la búsqueda de recompensas, que va a verse influido por las alteraciones hormonales asociadas a la pubertad (Oliva, 2007). Adicionalmente en la subjetividad del adolescente, las lógicas de la contemporaneidad lo ubican ante nuevos retos y decisiones. Su experiencia dista de la que recuerda de la infancia y no será la misma de la vida adulta.

El descubrimiento que el adolescente pretende encontrar en su rostro, turbiamente distorsionado por las aguas de su tránsito, parece evocar la reminiscencia platónica por la cual se plantea que la visión de lo bello es la

percepción de la belleza que se intuye. En el Fedro, uno de los diálogos de Sócrates escrito por Platón, la belleza se presenta como una idea que fue objeto de contemplación y quién aún tiene recuerdo de ese estado estético de la consciencia siente invadirle un estado de pasmo, que le permite vislumbrar en lo bello de acá, aquella divina Belleza de allá.

Para Platón “la Belleza en sí es sin generación ni destrucción, sin crecimiento ni mengua: eterna, bella toda, siempre, en todos los aspectos y para todos los hombres; incorpórea, en sí y por sí, absoluta, eternamente idéntica consigo misma. Es la Verdad misma, el Bien en sí; causa universal de cuánto hay de bueno y de bello en las cosas” (Font, 1960). La idea platónica es esencia, por tanto inmutable y suprema, no está condicionada al cambio ni a la interpretación del sujeto que la contempla. Representa la Idea platónica de esta forma al deseo adolescente por una belleza suprema, que pueda ser gozada sin dar lugar a más acomodaciones subjetivas. En Platón la belleza es absoluta e inmutable: todo lo que es bueno y justo, es bello; todo lo bello es bueno (ibíd.).

Posteriormente, cuando los pensadores trascienden los planteamientos platónicos y la antítesis aristotélica que le significa a Platón lo más cercano a un aterrizaje racionalista, la belleza platónica pasa a cuestionarse y se plantea la búsqueda de criterios objetivos para evaluar la belleza. Hutcheson plantea que adicional a la belleza absoluta de Platón, cabría una belleza relativa, definiendo esta última como “aquella que percibimos en los objetos que consideramos imitaciones de otros objetos fuera de sí mismos” (Lago, 2008). Así es como empieza a considerarse una dinámica en la contemplación de la belleza. La idea continúa siendo desarrollada por David Hume, el cual pese a que da lugar a estructuras o mecanismos mentales universales que aparecen como perceptores de lo bello, niega sin embargo que esto deba denominarse necesariamente relativo (Lago, 2008).

Los abordajes de Hutcheson y Hume se comprenden a partir de las condiciones del contexto, que adquieren fuerza en la actualidad y tienden a ofrecer elementos simbólicos que determinan la comprensión de la belleza a partir de una idea canalizadora: la defensa por la clasificación o estructuración de las manifestaciones de belleza, determinándose así qué es bello y qué no lo es. La idea de una belleza relativa percibida por medio de estructuras o

mecanismos mentales universales, deja sin embargo una brecha abierta frente a los procesos que subyacen a este estructuralismo estético, procesos de percepción que si bien implican subjetividades relativas, de fondo podrían intuir, según el pensamiento plantónico, una belleza absoluta. Para efectos de comprensión en este texto, se denominará en adelante “perceptor” al sujeto que percibe lo bello.

Dentro del estudio de los procesos de percepción de la belleza se desarrolla el concepto de intuición, frente al cual Kant en su *Crítica de la Razón Pura* (1781), la presenta como el modo por medio del cual el conocimiento se dirige a los objetos bellos. Para Kant, la belleza se intuye en el perceptor a partir de un objeto que active la capacidad de sensibilidad en su psiquismo, permitiendo una representación del objeto a priori, es decir una representación pura, no empírica pero condicionada al espacio y al tiempo. Esto es lo que Kant denomina su estética trascendental. La intuición desde este abordaje kantiano, implica la sensibilidad en el sujeto que admira lo bello como condición para que se logre una representación estética del objeto.

Siguiendo los desarrollos de los procesos de percepción de la belleza, plantea Kant un nuevo abordaje de la belleza como idea en un sentido opuesto a Platón. Para Kant la idea estética es racional y sensitiva: “Por idea estética entiendo una representación de la imaginación, que da ocasión a muchos pensamientos, sin que ninguno sea determinado, es decir, sin que ningún concepto le pueda ser adecuado, y que por consiguiente, ninguna palabra puede perfectamente expresarla ni hacerla comprender” (Kant, 1799). La idea estética es esa que según Kant, no logra expresarse de forma semejante a como es representada por la imaginación.

Acercarse a la comprensión de belleza que hace el adolescente en el sentido particular que caracteriza su momento evolutivo, implica acercarse a la representación de su imaginación, más aun, implica acercarse a la intuición que despierta el conocimiento de un objeto bello. Implica finalmente, en orden con el pensamiento de Kant, acercarse a la sensibilidad del adolescente que se desata en su psiquismo.

Otros pensadores como Hegel retoman el abordaje platónico de la belleza y presentan lo bello como idea verídica de lo bello: “belleza y verdad son por una parte lo mismo. Es decir, lo bello debe ser verdadero en sí mismo... Lo bello se determina por tanto como la apariencia sensible de la idea” (Hegel, 1842). Ya Platón había postulado que el acercamiento a lo bello significaba el acercamiento a la Verdad, una absoluta y divina, que estaba más allá de todo. Hegel entiende la idea de lo bello como un acercamiento a la verdad, pero una que es simplemente verdadera, que como postulaba Kant, no tendría otra forma más precisa para presentarse.

La belleza como experiencia verídica de representación de lo bello, no es susceptible a error, no traiciona al perceptor, no lo engaña. Este es el sentido verdadero de la belleza para Hegel. A lo cual Heidegger haría eco, precisando: “La belleza es uno de los modos de presentarse la verdad como desocultamiento... Lo bello tiene su lugar en el acontecer de la verdad.” (Heidegger, 1936).

Podemos decir, retomando los asuntos planteados, que es lo verdadero de la capacidad de sensibilidad del adolescente y su facilidad de dar rienda suelta a esta capacidad con menor afectación de prejuicios que el adulto, lo que hace particular su representación estética del objeto, su idea de belleza.

Finalmente, la experiencia de creación que acontece durante la adolescencia, según sugiere Winnicott, implica un proceso de transformación subjetiva que en simultáneo con las características fisiológicas y sociales que integran la experiencia, resultan en el producto de la adultez temprana. En este sentido, la transformación subjetiva del adolescente puede obedecer a su relación particular con la belleza. Según Schopenhauer (1818), quien asume un objeto como bello modifica su postura subjetiva, se hace puro e involuntario. De esta forma considerar algo como bello transforma al perceptor.

Los abordajes presentados sobre la belleza desde el componente filosófico, brindan elementos de comprensión frente al fenómeno existencial que subyace a la fase evolutiva de la adolescencia, entran en coherencia con los procesos emocionales experimentados por el adolescente y con la actividad de su pensamiento, comúnmente marcada por lo abstracto. La inadecuación al

contexto propia del adolescente, refiere una búsqueda subjetiva particular, de posible generalización y propuesta en este texto desde la perspectiva estética.

Abordajes epistémicos desde este enfoque deben posibilitar el estudio de una estética contemporánea propia del adolescente, que se manifiesta de manera fáctica por medio de su comportamiento estético. Estas consideraciones alentarán investigaciones documentales y empíricas, que pongan en juego distintas áreas del conocimiento tales como la filosofía, la psicología evolutiva, las neurociencias y la psicología moral.

Referencias

- Font Puig, P. (1960), La doctrina estética de Platón. *Revista de la Universidad de Oviedo*. España.
- Hegel, G. (1842). *Lecciones sobre la estética*. Madrid: Ediciones Akal S.A.
- Heidegger, M. (1936). *El origen de la obra de arte*. Madrid: FCE.
- Kant, I. (1781). *Crítica de la Razón Pura*. Madrid: Tecnos.
- Kant, I. (1799). *Crítica del Juicio*. Madrid: S.L.U. Espasa libros.
- Lago, C. (2008). *Teorías del arte y teorías estéticas: Platón, Aristóteles, Hutcheson y Hume*. Centro de Integración Tecnológica para el Aprendizaje Escuela de Artes Plásticas. Puerto Rico.
- Oliva, A. (2007). Desarrollo cerebral y asunción de riesgos durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, Vol. 25, pp. 239-254.
- Paz, O. (1950). *El Laberinto de la Soledad*. México: Ediciones Cuadernos Americanos.
- Schopenhauer, A. (1818). *El mundo como voluntad y representación*. España: Alianza Editorial.
- Winnicott, D. (1960). *La adolescencia*. Acheronta.